

JAMAS ENTRE NOSOTROS ha existido en el turf un caballo más querido que Petrarque; lo fueron profundamente Alanés y el mampato Morfeo, al que adoraban las mujeres. En cuanto a Alanés, de preciosa y fina estampa, se hacía simpático por su rapidez y su decisión para disputar las carreras: era sacramental el grito de "Alanés adelante, dos cuerpos adelante". Siendo potrillo, ganó el Gran Handicap de Verano de Viña del Mar, compitiendo con lo más florido de la cancha; pudo resistir la atropellada de Mirona, formidable en las últimas distancias; dejó también fuera de poste, en La Prueba, al hermoso alazán Hazard, y realizó otras muchas bizarrías.

Petrarque no era fijo, como se llamaba en aquellos años —1905 y 1906— a los pura sangre nacidos entre las familias más apergamínadas. Petrarque había nacido del buen reproductor Wanderer en Fedora; su mestizaje era de 15/16 avos; fué criado por el señor H. Anselme y cuidado por Harry Mockridge, del cual se decía que entendía la voz de Petrarque, que llegó a ser el crack nacional.

Desde el momento en que Petrarque pisó el césped de las canchas, sembró victorias, muchas que parecían imposibles. A los tres años ganó los grandes clásicos El Ensayo y El Derby, las pruebas más codiciadas por los turfmen, ya que consagran a los cracks de la generación. Podría decirse que para competir poseía un amor propio de gladiador. Explicaré con un hecho este aserto. En los últimos tiempos del crack fué inscrito en el premio la Copa Mercurio, que se corre en Viña del Mar, sobre la bella distancia de 1.700 metros, que da opción a todos los competidores. En el lote iba Black Berry, una australiana de gran prosapia, hija de Grafton y Blanche Florence.

No interesa la descripción de la prueba, sino la llegada al disco. Petrarque corría, como siempre, colocado en el lote; Black Berry, a la punta; largó el jinete a su caballo, que, en una entrada definida, dió alcance a la yegua, pero ésta se sostenía a la punta heroicamente; ya la meta estaba encima, la yegua debía ganar la carrera; entonces el picaro de Petrarque la mordió y así logró derrotarla, entre los aplausos y carcajadas del público admirado.

Era tan grande la simpatía del público de la hípica y de toda la ciudad, que muchos negocios llevaban su nombre. La frase: a las riendas, Petrarque, era de los niños. Una vez un niño se cayó, rompiendo la garrafa de vino. Lo llamó la madre a capítulo. El niño dijo:

—Yo venía a las riendas, mamá, como Petrarque, y me caí.

Naturalmente, no fué castigado. Voy a tratar de describir el más hermoso episodio de la trayectoria de este célebre caballo. Me refiero al Premio Juan Jackson, que creo —si la memoria no me es infiel— que era diferente al que se corría en Viña y que tenía por nombre Copa Juan Jackson.

En suma, no recuerdo si esta carrera la vi en Viña o en Santiago. Esta vez tuvo solamente dos competidores, los mejores de aquel tiempo: Celso, un hijo de Gay Hermit y Nesta, del corral Los Andes, de don Daniel Bello Mora, y Alcázar, casi fino por cruzamiento 63/64 avos, del corral Subercaseaux, ganador en Viña del Gran Premio Comercio, contra los mejores caballos, no

de carne de más, tranquilos, dispuestos. Se destacaba Celso, con sus colores salmón, lunares negros y gorra negra; Alcázar, como siempre, parecía un caballo de acero, con su chaqueta y mangas plata, alamares verdes y gorra plata y cocarda verde. Petrarque lucía los colores de Chile: blanco, azul y rojo, y se veía magnífico. Después del paseo reglamentario, los caballos dieron curso al galopón, también de reglamento, y se dirigieron al punto de partida. El público, inmenso, se miraba en la belleza de los cracks que avanzaban por el tapiz, tan fino como la seda de los trajes y la sonrisa apasionada de las mujeres. De todos modos, a pesar del temor de que los cracks competidores se aliaran para ganar a Petrarque, le hicieron favorito.

Ya los caballos están en el punto de partida; muy dóciles, el juez pudo mandarlos sin dificultad apenas alzada la bandera que ordena las partidas. Celso está a los palos; al centro, Alcázar, y por fuera, Petrarque, el que había sido aclamado al aparecer en la pista. El público pudo apreciar a la salida de los competidores una novedad muy decidora: montaba a Petrarque Harry Mockridge, el que se entendía con el caballo... En verdad, no era un gran jinete, pero, en realidad, dejó establecido que se entendía con el caballo. Mucha nerviosidad había en el público, que esperaba con ardor el desarrollo de la prueba. Subió la bandera; el público, que llenaba totalmente las aposentaduras y marginaba las rejas limitadoras de la pista, se situó en forma de no perder ni el más mínimo detalle. El comentario se arrastraba, subía, envolvía a los espectadores. De pronto salen los ca-

PLUMAS NACIONALES

PETRARQUE, CABALLO DE LEYENDA

POR ANTONIO ACEVEDO HERNANDEZ

ballos; se oye un formidable ¡ya! colectivo y el otro grito igual: ¡partieron! El público pudo ver que Celso partía y se distanciaba con tanta rapidez como si disputara una carrera de ochocientos metros; luego tuvo unos diez cuerpos de luz. El público, indignado, gritaba que le estaban haciendo carrera de corral. El jinete de Petrarque comprende que si deja a Celso escaparse puede ganar la carrera en un cánter, y se lanza en su persecución, como si no se diera cuenta de que ese esfuerzo de su caballo lo rendiría, mientras Alcázar, descansado, ganaría cómodamente la prueba.

Luego estuvo Petrarque apareado a Celso. De las aposentaduras se veía un solo caballo: Celso. Los corrales, expectantes, sentíanse estrechados; una emoción real dominaba dolorosamente los nervios. Corrieron juntos los caballos unos 800 metros, mien-

tras Alcázar tomaba la colocación más conveniente para intervenir en el instante preciso. De repente, el público ve que Celso retrograda, enteramente baido. Petrarque toma en punta la recta, luego el fuerte galopón de Alcázar dibuja su esfuerzo en la pista estrechada; está encima de Petrarque. Mockridge junta su cabeza con la del caballo y lo impulsa desesperadamente, dramáticamente. Aún no juegan las huascas. Alcázar corre a la pareja de Petrarque; ha llegado el minuto culminante. Celso corre a diez cuerpos. El público está dominado por ese momento trágico. Restallan las huascas, siempre parejos los rivales; no se sabe quién ganará; la menor vacilación determinará una derrota. Son grandes caballos, grandes jinetes; la suerte escogerá a su favorito en el disco. El público, tras un silencio doloroso, da salida a las voces angustiosas. Los nombres de Petrarque y Alcázar surgen potentes; los caballos, sin control, se golpean los flancos, maqueinan más que los jinetes; la angustia baja a los estómagos. Los gritos de las mujeres, como agudos esquilas, se enrojecen. Luego llegará la meta. Algunos, más serenos, permanecen en el empate. Faltan tal vez veinte metros, todavía van parejos; diez metros, no se advierte ventaja alguna. Mockridge deja de azotar, junta de nuevo la cabeza a la de Petrarque, las respiraciones se detienen, van a llegar. ¡Llegan! Gana Petrarque por algo más de una nariz.

Los nervios anudados del público recobran su libertad y su potencia, rompen las manos con los golpes de los aplausos; las voces se elevan hacia lejanas latitudes. Rompe la banda con la Canción Nacional y allí ha llegado Dionisos; surge una euforia colectiva: los hombres arrojan a lo alto sus sombreros; desmelenados, corren las mujeres; se abrazan al primer hombre que encuentran, entregan sus bocas besadoras y corren...

Los caballos vuelven al pesaje, una marea humana rodea al crack, otra se agolpa a las rejas divisorias; las manos siguen aplaudiendo cuando pasa el crack; aplauden hasta fatigarse y quedan inmóviles; sólo es luz la sonrisa, y esa sonrisa colectiva es un homenaje al crack nacional invencible que corre con los colores de la Patria que han vivido y vivap; pero en su acción ha habido un sacrilegio, pues confunden los valores; dicen:

—¡Viva Chile!
—¡Viva Petrarque!

A. A. H.